

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 20 DE NOVIEMBRE DE 1921

NÚM. 19.594

CUENTOS ESPAÑOLES PRESA FALLIDA

Si, Pololo, si. Mañana te llevo a confesar al monasterio con los frailes. Pololo cedió, encariñado con la idea que había surgido, un poco inopinada y frívola, en el pensamiento de aquella muchacha.

—Bueno—respondió—. Iré.

Ella se irguió alegremente e hizo palmas. Era alta, demasiado quizás; enjuta, vivaracha y decidora; tenía, no siendo bonita, un hechizo especial muy suyo. Vestía de blanco, y sus cabellos rubios—acaso un poco artificialmente rubios—se alborotaba en ricitos. Exclamó:

—¡Qué bien! Mira, Pololo; mañana estás a las siete en punto frente a casa. Irá mi hermana Celes con nosotros. ¡Descréidote! ¡Dos años sin ir a confesar! ¡Te van a echar una penitencia más grande...!

Rió coqueta, insinuante y noviera, y puso voz de mimo.

—Pero no te apures, ¿eh? Yo haré de Cirineo y rezaré por ti.

Volvieron a sentarse juntos en aquella elegante sala del hotel veraniego, llena de turistas, y cuphichearon tal vez un poco demasiado cerca, como si aquel coqueteo reciente fuera ya problemático desposorio.

Cuando Emilucha—Lucha—se reintegró a su casa, iba radiante. Celes, la mayor, solterona, sin esperanzas ya, que veía en Pololo urgentes soluciones domésticas, quiso saber:

—¿Abordaste aquello?

—Sí. Vendrá mañana, a las siete. Iremos los tres. No le digas nada a mamá. Ya sabes lo anticuada que está, y nos exponemos a un fracaso.

Celes, entonces, indagó cauta:

—Y ¿qué tal? Yo no me fío mucho de Pololo. ¡Está tan sollicito! ¡Figúrate...! Hijo único de un conde riquísimo, con su automóvil bebé... Es demasiado, Lucha.

Pero a Lucha le brillaron los ojos y habló. Parecía enamorado. Al principio, ¡qué antipático! Ni una miradita siquiera, ni sacarla en los bailes del hotel. Ella, insistente, había ido urdiendo su redecita. Y ahora, aunque no se le había declarado, ¡eran novios! ¡Podía dudarse? Pololo casi no hablaba con ninguna señorita. Estaban siempre juntos. Habían intimado. El había confesado sus ideas y sus dudas personales. Aunque estaba ya un poco viejo para empezar una carrera—veintiséis años—, le gustaría la diplomacia, ser agregado en París...

Lucha se alborozó de súbito:

—Yo creo—dijo—que esta idea de la confesión le hará resolverse. Has tenido mucho talento. ¡Ir juntos a la iglesia, como si fuéramos a casarnos! Cuando se lo dije me miró atónito, con infinita curiosidad. Me debía suponer una chiquela casquivana, una novia de verano. He debido crecer en su estimación. Me revelé muy religiosa, muy serietica, muy del hogar...

Rió.

—Y estos memos de la aristocracia—dijo—, aunque amigos de divertirse, todos son religiosos y hasta un poco beatos.

Celes atajó aquella ingenua expansión de cinismo con una pregunta seca:

—¿Tú le quieres?

Lucha volvió a reír.

nuestro. Para venir a veranear este año mamá tuvo que vender su pulsera de brillantes.

Lucha sintió su corazón traspasado por un amor filial que ella medio ignoró siempre. Y más adentro de aquel sentimiento generoso, sintió una leve punzada de rencor contra aquel muchacho

Pero ésta reconvinó con azorada coquetería:

—Vamos de confesión—rezongó—, y hay que ser muy formales.

Rápidos, juveniles, llegaron prestamente al monasterio y entraron en su espléndido albergue. Dos sacerdotes aguardaban en los confesonarios, mientras un fraile, revestido, decía misa en la capilla de Santa Úrsula.

—Tú, allí—insinuó Lucha—. Yo, aquí.

Y Pololo Cifuentes se vió, un poco estupefacto, frente al confesor.

El confesor era un monje, urbano y moderno, que tenía sus hábitos muy limpios y una lozana cultura.

—¿Cuánto tiempo hace que no se confiesa?—interrogó.

—¡Dos años!—musitó Pololo, avergonzado y contrito.

—Es preciso enmendar eso, hijo—insinuó el sacerdote—. La Iglesia se conforma con una confesión y una comunión al año. Pero, dígame... ¿Pecados? Ya los supongo. Los naturales en su edad y en su condición. Yo le conozco a usted. Usted es hijo del conde de Pruneda. El señor conde es amigo mío de Madrid. Suele ir a nuestra Residencia, donde existen libros miniados, muy curiosos.

Más que confesión, fué aquello una plática de maestro o de mentor inteligente. E iba ya el sacerdote a imponer penitencia y a conceder la absolución, cuando interrogó:

—Tendrás novia...

Pololo no supo qué contestar.

—Verá usted—dijo—. Novia, no la tengo; pero... hay una muchacha... Con ella he venido a confesarme. Desde hace un mes... En fin, ¿qué sé yo!

El fraile se puso muy serio, y volvió a preguntar:

—No entiendo bien eso que dices. No comprendo la situación de tu alma. Es novia o no es novia... La quieres o no la quieres... Eso es todo.

Y después, bondadoso, piadoso, sermonizó brevemente:

—El amor es santo; cuando lo bendice Dios está protegido por la Iglesia. Si tú comprendes que esa muchacha te hará feliz, si la consideras digna de ser tu esposa, si la amas, no debes vacilar un solo instante. Sé novio suyo, júdela y cástate. Pero...

Se detuvo el confesor un instante.

—Pero si nada de eso sientes por ella, si dudas, no tienes—entiéndelo—derecho a enganarla, a entretenerla. ¿Tú sabes el daño que puedes hacer en su vida, el estrago que estás expuesto a causarle? No se debe jugar con el pobrecito corazón de las mujeres inocentes e indefensas. Vosotros, los jóvenes ricos, sois veros solicitados excesivamente, y sin el freno religioso, ¡cuántos pequeños crímenes morales realizáis sin daros cuenta! Si la quieres, haz con ella tu nido. Yo os bendeciré. Pero si no la quie-

LOS TIPOS QUE SE VAN



UN ESQUILADOR, CUADRO DE J. ARAUJO

—Algo.

—Eso no es bastante.

Se puso muy seria.

—Y debes procurarlo, niña. Debes imbuirte en esa idea, dejarte suggestionar. Ya sé que vosotras, las de hoy, tenéis el corazón demasiado inquieto. Pero es que Pololo te conviene demasiado. Merece que le consagres tu vida a esa boda.

Se puso lánguidamente humilde.

—Ya ves... No sé qué porvenir sería el

a quien todo le sobraba y al que, ¡tanto, tanto!, le había costado atraer...

A las siete en punto, casi con la alborada, pues ya era otoño, apareció Pololo, con un gabán inglés y un sombrero flexible, elegantísimo. Ellas salieron de mantillita, con los rosarios y los libros litúrgicos...

—¡Qué bonita estás!—dijo Pololo, saludando a Lucha.

res, lejos de ella, en el silencio de tu alma, no sigas abusando de tu superioridad. Hacer eso es inícuo y cobarde. Perdóname que insista. Esa señorita puede encontrar a su predestinado, a su idéntico. ¿Sabes tú si está aquí, en este mismo pueblo, y si lo estás alejando, si estás impidiendo, frustrando una felicidad?

Ella había acabado de confesarse y esperaba sobre su reclinatorio, pasando el

rosario. Cielos curiosaba la otra confesión, ¡tan larga!, y sentía una vaga tristeza. Las viejecillas del pueblo, con sus manos oscuras bisbiseaban rezos, hincadas sobre las grandes baldosas de mármol. Arriba, en la cúpula, se filtraba la nítida luz del día claro.

Por fin emergieron los tres del monasterio. Pololo iba demasiado circunspecto y timorato.

—Chico—observó ella—, ¡qué serio vas!

¿Te han echado demasiada penitencia?

—No. Doce rosarios.

Ella dijo:

—¡Qué pícaro!

Y se ruborizó por haber ido tan lejos...

Frente a la casa de ellas, separáronse.

—¿Irás al parque?—interrogó Lucha.

Pololo adquirió un airecillo displicente.

—¿Qué sé yo!

—Y por la noche, ¿al hotel? Habrá baile.

—Veremos.

No estuvo Pololo en el parque. Estuvo, sí, en el hotel, pero no se arrimó a Lucha, ni la sacó a bailar. Sólo cuando ella se iba, se le acercó para saludarla con una fría distinción y un desvío recalcado, que deseaba ser piadoso.

Lucha Terel ignora aún por qué aquel muchacho dejó de hablarla.

Luis ANTON DEL OLMET

IMPRESIONES DE UN LECTOR

LA CONDICIÓN SOCIAL DE LA MUJER

LA condición social de la mujer en España», por Margarita Nelken. He aquí un libro generoso y valiente, de ruda franqueza. No es sólo un buen libro: es un acto cívico.

Padece en España un feminismo cuya corriente es inversa a la del feminismo internacional. Vedlo. ¿Qué es el feminismo? La intervención de la mujer en la vida política, en la república. Pero, naturalmente, esa intervención puede ser ejercida como fuerza retardataria y como fuerza impulsiva. En España la mujer es la más considerable de las fuerzas de reacción. Como dice la autora que comentamos, «el apocamiento de nuestra clase media, su conservadurismo temeroso que anhela por encima de todos los ideales la posición segura, el sueldo y el aumento seguros, toda esa ambición de mediocridad a la cual encamina sus pasos desde la misma infancia, con prudentes limitaciones que ocultan todas las posibilidades de grandeza, de belleza y de altruismo, son obra de las mujeres». ¡Qué lejos queda la idealización de la mujer como Musa, inspiradora y alentadora! Ved en sus manos las tijeras de Atropos o de Dalila para cortar nuestras alas, que son la vida superior...

Por eso tengo alguna objeción que opone a esa afirmación de todos los sociólogos de que el espíritu «reaccionario y estrecho de las mujeres frente al exceso de su sensibilidad dominante a causa de la falta de cultivo de su razón y de su lógica». No; yo veo en aquella cualidad un calculismo frío y miope, un aferramiento al espíritu de clase, a expensas del radio de la sentimentalidad. Veo en ellas una falta de espíritu poético, del amor a las visiones ulteriores, cuya objetividad llega mucho más allá del alcance de nuestros egoísmos, y hace desbordar nuestro corazón sobre muy lejanos amores, en el espacio y en el tiempo, como una saeta disparada por un arco que ellas no sabrían doblar... Toda fantasía es creación, y la mujer no crea: concibe (ya lo expliqué en estas mismas columnas); su función es más intelectual que sentimental, a pesar de todas las apariencias. La mujer quiere siempre una respuesta a su pregunta: ¿para qué?, lanzada como jarro de agua fría sobre las grandes fiebres de aventura del sentimiento redentor. El hombre que consigue levantarse sobre sí mismo sabe, en cambio, que lo mejor de su gesto está en que la respuesta tardará muchos años en sonar, porque la piedra de su honda ha ido mucho más lejos de lo que la vista alcanza...

He aquí, pues, una mujer que ha sabido enfrentarse con la deplorable alma colectiva de nuestra feminidad y lanzar una voz suscitadora. Y ella, animada por un fuerte deseo de emancipación de la mujer, comprende que el problema fe-

minista en España no es una cuestión de libertad, sino de capacitación para esa libertad. Sus insistencias contra el sufragio femenino en España no son, pues, una infidelidad a los principios en nombre de la realidad, sino la supeditación a un principio superior: el de la vida civil, el de la «Civitas».

Otra de las desvirtuaciones esenciales que no sé si han actuado sobre la mujer española o si, por el contrario, han sido ocasionadas por ella, es la de la noción de caridad. No hablo ya de la caridad ejercida como accidental consecuencia de una fiesta de buen tono, sino del concepto mismo de caridad, que no es, en su categoría inicial de virtud, un equivalente de limosna, sino un equivalente de Amor. Así la comprendieron todos los teólogos, hasta que un egoísmo de casta sustituyó la fraternidad cristiana con el óbolo arrojado desde la carroza, a modo de anillo de Policrates en desagravio a los dioses negros de la compensación y del desquite, o como excusa para aquietar la conciencia de la propia riqueza injusta, que quiere tranquilizarse tirando una migaja de su mesa, para no dar todo lo que debiera...

Ese concepto de la caridad es usurario y leonino, porque exige de los socorridos un pago muy superior a la dádiva: el pago espiritual de la gratitud y el homenaje de la propia humillación, que

no tiene precio. ¿Habrá perfume más exquisito para vuestro pañuelo, señora, que el reconocimiento de una bondad que no tenéis y la adoración a una superioridad que no merecéis? Pero me atrevo a preguntaros, señora, si no habéis dudado alguna vez sobre el interés de vuestra acción, sin el cual no puede haber virtud; si no habéis sentido en las honduras de vuestra conciencia, como primer móvil, un espíritu de casta social que afianza sus prerrogativas, obedeciendo al instinto de conservación, en vez de aquella paz de conciencia que triunfa de los sacrificios y acaricia los peligros como una delectación superior...

Por esos equívocos hemos visto consumarse en España, en manos de la feminidad, una subversión del sentimiento religioso y del patriótico. No es esta ocasión propicia para que mi pluma ahonde sobre el tema; pero creo que la autora comprenderá perfectamente mi intención y suplirá lo que no digo... De todos modos, séame lícito lamentar una vez más que la mujer haya olvidado su misión de pacificadora, su misión ideal de Sabina, por la cual debería interponerse entre los aceros desenvainados en vez de aspirar desde lejos el vaho de la sangre y sonreír (como cantó Rubén) «al más fiero de los campeones».

Bellísimas páginas ha inspirado a Margarita Nelken el impulso redentorista

hacia la mujer que una sociedad injustamente parcial moteja de «caída». Sociedad fabricada al servicio de los varones; aplicando la moraleja de la fábula, podríamos decir que aquí el pintor no fué leona, sino león. La mujer, en ese punto, continúa siendo la Vassale, como la llamó Paul Hervieu. Así se revela, como dice la autora, una terrible crueldad honrada... «Mientras se den casos—añade—de Asociaciones cuya misión es proporcionar ropa a los recién nacidos, y que crean que su deber consiste en dejar desnudos a los niños ilegítimos, toda nuestra protección a los niños será estéril, y no experimentaremos, en este sentido, progreso alguno».

Hay en ese libro formidables acusaciones, que me consta son justísimas. ¡Oh, la vanidad femenina, cuántas veces nos sugiere el recuerdo de lo que llamó Benavente los Malhechores del Bien!

En esas páginas quiero espiar unos conceptos felizmente expuestos por la señora Nelken, relativos a la necesidad de limitar la patria potestad, suprimiéndola en casos de indignidad absoluta y tiránica, como en los de corrupción. Pero el Estado, en estos casos, no debería ceder a nadie esa paternidad sustituida, porque, para mí, los hijos pertenecen, en primer lugar, a la Civitas, y no al padre; y la Civitas tiene el deber de armarlos de todas las condiciones, para poder ser árbitros ante la vida.

Falta a las mujeres españolas—dice Margarita Nelken—el sentido social; por eso aquí las obras benéficas «no sólo carecen de cuanto requiere el sentido social moderno, sino que le son contrarias en absoluto... Hacen una caridad sin sentido social, una caridad mala, y su limosna, en lugar de aliviar, irrita.» Cita en apoyo de sus observaciones casos verdaderamente odiosos.

Tampoco puedo comentar aquí como quisiera las consideraciones que dedica a la situación jurídica de la mujer en España: al divorcio, y, sobre todo, a la obra colectiva de la mujer española como rémora del movimiento obrerista. «No yerran del todo—escribe—los que tienen ver en el feminismo español una posible réplica de somatenes o Uniones Ciudadanas.» «Ese feminismo es, hoy por hoy, el mayor enemigo de cuanto pueda significar en España evolución y progreso.» Por eso cree que conviene alejar a la mujer de cuanto signifique acción política. Debemos ser, según ella, «extremadamente antifeministas en lo que atañe a la cuestión política, y por eso mismo, extremadamente feministas en lo que atañe a la cuestión social, único modo de evitar los peligros de la primera... Hoy por hoy, nada podría ser más funesto al progreso político de España que el voto femenino.» Y concluye en esta frase, para mí, el capital sentido de la obra: «Vosotros debéis, antes que pedir nada, hacer que se tenga confianza para concedérselo todo.»

Gabriel ALONAR

EL MADRIGAL DEL ASESINO

Sabes lo que yo te quiero.
Tú sabes cómo me encanta
tu boca; pero prefiero
los besos en la garganta.

Yo amo tus pomposas pommas
y el olor de tu cabello;
mas prefiero los aromas
enervantes de tu cuello.

Es mi punzante obsesión,
con el collar venusino;
tiene un hechizo felino
de muerte y condenación.

Cuello de nardo y marfil,
con el blancor armado
de un casto cisne gentil,
todo de luna nevado.

Sé que eres traidora y mala;
pero tu cuello divino
es tan blanco como el ala
de un arcángel femenino.

Deja que aparte el cabello
y con locura besarte;
¡tienes un divino cuello,
mi amor..., para degollarte!

Emilio CARRERE

ACTUALIDAD GRÁFICA



LA MORITA DE CUATRO AÑOS PROHJADA POR EL
REGIMIENTO DE LA CORONA, QUE ENCONTRÓ ABAN-
DONADA A LA PÓBRE CRIATURA EN EL CAMPO EN-
MIGO, DONDE SUS PADRES HABÍAN SIDO MUERTOS
POR EL BOMBARDEO DE NUESTROS AEROPLANOS

EL FAMOSO ENRIQUE DESEADO LANDRU
Y OCHO DE SUS PRESUNTAS VÍCTIMAS

UN MOMENTO DE LA TRAGICOMEDIA EN CINCO AC-
TOS, DE GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA, «DON JUAN
DE ESPAÑA», QUE SE ESTRENÓ EN ESLAVA EL VIER-
NES CON GRAN ÉXITO Y CONSTITUYE UN ADMIRA-
BLE ALARDE DE LUJOSA PRESENTACIÓN ESCÉNICA

MUJERES PORTUGUEASAS

TAN pintoresco en trajes, tan diverso en costumbres y tan diferente en tipos como España es Portugal, al que una accidentada topografía imprime matices variados. Rico en montañas, algunas tan picudas como la Serra da Estrella, el Alto Minho y Traz-os-Montes; bravo en las costas donde se quiebran espumeantes las olas del Atlántico; frágil en sus valles sombríos, de una vegetación feroz en el fecundo Alentejo, suave y septentrional en el Algarve, húmeda y pródiga en las riberas del Minho, el Duero, el Mondego, el Tago y el Guadiana, ofrece típicas variantes de indumentaria y no pocas diferencias étnicas. Tierras unas de pescadores austeros, reconcentrados, taciturnos, como gentes de mar endurecidas en la lucha constante, siempre al acecho del azar. Tierras otras de labradío con sus «ranchos» de cavadores y segadores, hombres fuertes y mujeres recias, robustez semejante a la de las montañas. Grandes prados de un verdor macizo, teatro de escenas virgilianas donde ponen su nota poética esos armoniosos romances de los apacentadores de rebaños. Agrestes cordilleras, pobladas de pueblos minúsculos con ermitas y campanarios señeros, perpetuos guardianes de la fe, que allí, quizás por su mayor proximidad al cielo, se manifiesta más intensamente.

De un lado, la aventura, el mar interminable brindando la sorpresa de lo desconocido. De otro, la frontera con los ásperos contrafuertes graníticos de las sierras ibéricas en rivalidad con la costa. Al Norte, las fogosidades lujuriosas de la campiña galaica. Al Sur, un pedazo africano, indolente, perezoso, lánguido y fatalista...

En ese marco, la vida se desliza agitando unas veces, como empujada por la vorágine de la renovación, tal que en los pueblos fabriles que circundan Oporto rebotan de industrias; otras, silente, apagada como en letargo eterno a la



sombra de las palmeras moras, en la espesura de los bosques, en los barbechos bordeados de nopales.

Las costumbres responden a la topografía del terreno, al clima, al sedimento que dejaron las razas pobladoras; los celtas duros, los árabes sentimentales. El tipo social se desarrolla conforme a esas costumbres, trasunto del pasado. La indumentaria obedece a las varias facetas del prisma nacional.

Y la mujer, que es siempre el espejo de la Naturaleza, donde el paisaje parece reflejar sus gallardías, reproduce en sus usos y hábitos el sentimiento de la tierra madre.

Las «moças de lavoura» del Minho son fuertes como hombres, anchas de ancas, aguerridas y corpulentas. Visten corpiños de terciopelo sobre chambras blancas, de una blancura nítida que hace más algarera la policromía de los delantales y los pañuelos de seda con que cubren el sombrero pavoro. Con la chaquetilla de paño terciada en el hombro, adornado el cuello con abalorios de cristal, cadenas de oro y collares de rabiosos colorines, los brazos con ajorcas rutilantes y las orejas con largos pendientes, las vemos en los días de fiesta camino de las romerías famosas, un poco tristes, como las montañas suyas, monumentos milenarios de piedra que forman hoscas desfiladeros.

En Alentejo, en cambio, las campesinas, más débiles, se ciñen el cuerpo cimbreante con unas telas a guisa de calzones y un mantón anudado a la espalda se asemejan ya a las musulmanas. Piel morena, de palidez requemada por el sol, como la pátina dorada de los castillos roqueros, abundantemente acariciada por el musgo y los líquenes. En Portoalegre, en Evora, en Beja, nobles ciudades cuya Plaza Mayor se llena los domingos de capas «alentejanas», esas capas soberbias, blancas, pardas, ne-

gras, que Adelardo Covasi ha reproducido tan fielmente en sus cuadros de cazadores, las mujeres tienen una fisonomía árabe característica, menos acusada que en las devotas mozas del Algarve. El Algarve, como nuestra Andalucía, fué el último refugio de los moros.

Hasta el término del reinado de Alfonso III vivieron los árabes allí. Seis siglos no han bastado para disipar los vestigios que todavía en las costumbres y en los trajes evocan la dominación. Mujeres, más que religiosas, fanáticas, de un fanatismo ciego, emlutadas, con la cara cubierta por pesados paños; jóvenes que se sujetan el pañuelo de la cabeza por debajo de la nariz para ocultar la boca, dejando sólo al descubierto los ojos oscuros; gente en su mayoría melancólica, de movimientos suaves, lentos y cadenciosos.

Cantos locales de una viva emoción, acompañados de guitarras, dulzainas y atambores. Todo es sedante, blando, sensiblero en esta región septentrional. Será por eso que los hombres del Norte gustan de luchar con la tierra y los hombres del Sur aman el mar. Allí abundan los cavadores, que hincan con fiereza la azada o el pico en la costra endurecida de los campos. Aquí, los marineros, que hunden suavemente el remo en las aguas aventureras del Atlántico. Aquellos son bruscos, enérgicos, creyentes. Estos son artistas, dilatados de ideal, soñadores, esperanzados. El Norte es la acción. El Sur es la poesía.

En Beiro, el tipo femenino difiere de la fortaleza norteña y del desmayo moro. Las perfectas mujeres de Aveiro, sólo superadas en belleza por las esculturales de Ilhavo, parecen pregonar el encanto de esa región donde se alza la señorial Coimbra y la sierra maravillosa de la Estrella. La montaña es la perfección. Toda pureza viene de lo alto, como del Gólgota vino la redención humana.

Las «gricanas» de esta zona montaño-

sa—llamadas así tomando el nombre de las enaguas que usan—bajan a la llanura a vender pequeñas baratijas. Su comercio se corre por toda la orilla del Mondego, el pintoresco río de Coimbra, salpicado de embarcaciones diminutas. Se las encuentra en las estaciones del ferrocarril vendiendo confitura, leche y los tradicionales «palitos de Coimbra».

Ya hemos visto que la mujer portuguesa, la mujer que no es esta mujer de la Extremadura occidental a la que han mixtificado el cosmopolitismo de Lisboa y la vida ciudadana de Santarém y Leiria, trabaja en las faenas del campo, del mar y de la sierra, como el hombre, su compañero, y en algunas comarcas, su amo y señor. Y no es extraña la necesidad de compartir estos duros trabajos de pescadores, segadores, leñadores y mineros, porque la clase humilde en Portugal ha vivido, y aún vive, en un cuadro de escasez agobiadora. Hace unos años, los cavadores del Minho trabajaban de sol a sol por dos sardinas, un pedazo de pan y seis «vintens» en dinero. Los mineros cobraban «dois tostols» y un rancho absurdo hecho con caldo verde, por sepultarse días enteros en las entrañas de la tierra.

Trabajan, trabajan mucho hombres y mujeres, con una fiebre no recompensada. Comen mal. Y sólo visten, con más fanfarronería que lujo, en las fiestas domingueras y en las romerías religiosas. En cambio, no dejan de cantar. Cantan lánguidamente a todas horas: ellos, con su voz grave como un quejido hondo; ellas, con un lamento atiplado que se dilata y se retuerce por la soledad de la llanada.

¡Triste melancolía la de esas bellas canciones que se desgranaban en la serraña feroz o en la húmeda huerta, cuando se acompaña el regreso de la yunta de bueyes en el atardecer silencioso y nostálgico!

GIL FILLOL



MARMELÓN, EL DE LA PATA DE PALO

CUENTO POPULAR

MARMELÓN había pasado casi toda su vida en la mar, y a no haberle ocurrido una desgracia, jamás habría él puesto el pie en la tierra.

Pero el caso fué que habiendo enfrascado en combate su navío, una bala de cañón le quitó al marinero veterano una pierna, y tuvieron que ponerle una de palo. No había tenido hasta entonces otro contratiempo, pues aunque muchas veces había naufragado, de todos los naufragios tuvo la suerte de salir; la mar le zarandeo el cuerpo y lo relamió con sus olas; pero no se lo quiso engullir, porque como Marmelón estaba saturado de tabaco, sin duda le halló la mar más amarga que ella misma.

No había remedio: tenía Marmelón que irse a vivir a la tierra. Quién sabe, se decía para consolarse; tal vez allá no me aburra; puede que me sople bien la fortuna y llegue a tener una casa, un huerto y hasta una linda mujercita que me mime y que me cuide... Ya no soy un mozo ni mucho menos; pero en teniendo plata, todos los hombres somos golosina para las mujeres. En fin; por mal que me fuere, en teniendo mi pipa, todo irá bien.

«¡Andando!», se dijo. Se puso su casaca militar, guardó en los bolsillos de ella su tabaquera y su pipa, calóse su sombrero de tres picos, adornado con la escarapela nacional, y cargando con su mochileta, en la cual llevaba ropa, una galleta, un pez asado y una botellita de ron, tomó su bastón y así saltó a tierra; y dando espaldas a la mar, empezó a caminar con su pata de palo y con ese meneo de cuerpo de quien está habituado al balanceo del barco mecido por las olas.

¿Adónde se dirigía? Adonde la suerte le condujera. No tenía dinero: todo lo había perdido en el juego; ni muchas provisiones; pero era resistente, y, sobre todo, se decía: «Dios dirá». Un hombre de mar no se ahoga en poca agua, y menos donde no hay.

Anduvo mucho tiempo; pasó una llanura, traspuso un cerro y bajó a un valle. ¡Ah! Si hubiera tenido él que atravesar aquella distancia a nado, no habría sentido cansancio; pero andando y con una sola pierna y una pata de palo, era otro cantar. Sudoso, resoplando fuerte y picado del hambre y de la sed, detúvose a descansar a la vera de un arroyuelo.

Sentóse, sacó de su mochileta la galleta, resolviéndose a dejar el pez para otra ocasión, y se disponía a comer, cuando vió de pronto delante de sí, y sin que pudiera adivinar por dónde había llegado, a un viejo decrepito, andrajoso y despechugado, con larga barba blanca.

—Dáme de comer, señor militar, que tengo hambre.

—¡Cáspita! — exclamó Marmelón — yo también.

—Señor militar de la pata de palo, llevo muchos días sin comer—replicó el viejo famélico.

Marmelón, viendo la flacura y amargura del mendigo, su angustiado rostro y su huesoso pecho, exclamó:

—¡Cáscaras! Se te conocen las cuaderñas. Vaya, toma—añadió, alargando al pobre la galleta—, hártate; tú eres más viejo y eres hombre de la tierra. Yo bien puedo resistir algunas horas; soy hom-

Guardó Marmelón la llave y el saco en la mochileta, y emprendió de nuevo su camino. Aún no había andado mucho por él, cuando salióle al encuentro una viejecita casi más flaca y pálida y desarrapada que el viejo.

—Señor militar de la pata de palo... Hambrienta estoy, y no hay quien me socorra; si pudierais darme pronto remedio...

—¡Caracoles! ¿Otra me sale? Mire que

Y no cesarán de pegar hasta que tú les digas:

Junquillos, junquillos!
volveos al hacecillo.

Visto y no visto fué aquello, porque también la vieja desapareció como el viejo había desaparecido, como por encanto.

—¡Vaya! El espejuelo ya me servirá para verme al peinarme los bigotes... Pero este hacecillo... — se dijo Marmelón—. Venga; valga para lo que valiere.

Anduvo todo aquel día, y ya a la caída de la tarde detúvose a echar un trago de ron; y tal fué el trago, que sorbióse por él hasta la última gota, con lo cual apuró las escurriduras, y por ello aplacó un poco el hambre, y tornó a caminar.

Halló en esto que le atajaba el paso un riachuelo torrencioso, para salvar el cual sólo había un puentecillo de estacas, destartado, y al que el recio ventarrón trasteaba, reciamente.

Pasaba por el puentecillo un muchachuelo, algún zagalillo, sin duda, y en esto vino el puente abajo y cayó el niño al agua.

Verlo Marmelón, soltar su mochila y su palo, meterse en el agua y salvar al niño, fué acción tan diestra como rápidamente realizada.

—Dios premie al señor militar por haberme salvado la vida, que, aunque la honddura no es mucha, es mucho el cieno del riachuelo y muy espeso en el fondo... Pídame lo que quisiere—dijo el niño.

—¡Zapateta! ¿También tienes tú qué dar?—exclamó, entre asombrado y burlón, el veterano.

—Puedo concederte lo que desearas—replicó el niño.

—Está bien; que nunca me falte tabaco y que nadie me impida fumar cuanto quisiere y el tiempo que quisiere.

—Concedido. Te bastará soplar en tu pipa para que en ella encuentres siempre tabaco, y en tanto que tú fumas, nadie podrá oponerse a tu voluntad. ¿Qué otra cosa pides?

—Quisiera..., quisiera ganar siempre que jugare a los naipes, ya que hasta ahora siempre he perdido — dijo Marmelón.

—Toma esta baraja; con ella siempre ganarás—dijo el niño, dando al veterano una baraja de naipes; y también el pequeñuelo desapareció, como el viejo y la vieja habían desaparecido.

—Veamos—se dijo el veterano—si me ha engañado el rapaz.—Y como el bolsón del tabaco se le había mojado y no se podía fumar de él, sacó la pipa, sopló en ella y, ¡oh, prodigio!, llenóse de un rico, exquisito, perfumadísimo tabaco; que él fumó con deleicia.

—¡Carambita!—exclamó—; no me ha engañado el chiquillo... Probemos a ver si es verdad la virtud del saco.

Pasaban por la orilla dos magníficos



bre de mar. Además, aún me queda algo para comer más tarde.

Comióse con voracidad el viejo el galletón, y luego, despidiéndose del veterano, dijo, dándole una llave de hierro y un saco de recia tela vacío:

—Dios te premie tu caridad; queda con bien; pero quiero dejarte estos recuerdos: con esta llave abrirás todas las puertas, arcas, cajas y cofres que quisieres, y cuando tú cerrares con ella alguno, sólo con esta llave podrá abrirse. Doite también este saco: tómallo, ábrelo, y con decir que dijeres

Más y más y más
al saco de San Nicolás,

todo cuanto tú quieras se meterá en el saco.

Dicho esto, el viejo desapareció.

no me queda sino un pez asado y salado—exclamó Marmelón.

Pero deteniéndose a pensar que aquella era una mujer vieja y enferma, y él un hombre de mar, dióle el pez, que la anciana se comió con ansioso afán.

—Dios te premie el bien que me has hecho; y para que te acuerdes de mí, toma este espejuelo. Mirando en él descubrirás aquello que desearas descubrir, por muy escondido que se hallare; y toma este hacecillo de juncos, el cual se abrirá, saliendo de él tantos cuantos fueran necesarios para vapulear a quienes tú quieras que sean flagelados. Para ello bastará que digas:

Junquillos de Santa Ana,
zurrad a estos pillos la badana.

Ayuntamiento de Madrid

patos, y Marmelón, abriendo el saco, dijo:

Patitos,
más y más
al saco de San Nicolás.

Los patos, revolviéndose, aleteando precipitadamente, se metieron en el saco. —¡Admirable...; admirable! Ya nada tengo que temer... Ahora me es necesario buscar algún pueblo, caserío o cho-

zuela donde pasar la noche. Descubrió a lo lejos unas lucecitas, y hacia ellas se dirigió paticojeando; pero con grande prisa y voluntad.

*

Llegó a un pueblo y entró en un mesón.

—Toma — le dijo al mesonero, sacando del saco los patos —; ásame uno y quédate con el otro en pago de la cena.

—¿No dais dinero?—dijo el posadero. —¡Bah! No lo necesito. Con abrir este saco y decir:

Más y más y más
al saco de San Nicolás,

todo cuanto yo quisiera se meterá en el saco.

Túvome el ventero por borracho, y fuése a hacer el asado, dejando al veterano sentado, fumando sin descanso en su pipa.

Fuma que fuma, se pasó el tiempo; sirvieron al buen Marmelón la cena y quedó dormido, y no despertó hasta muy entrado el día, y al despertar vió que le faltaba el saco.

¿Dónde diablos hallarlo? Aquí del espejuelo; sacólo, miró en él y vió que el saco estaba dentro de un arcon del socarrón del mesonero. Y aquí del hacecillo; y diciendo:

Junquillos de Santa Ana
zurra a ese pillo la badana,

deshácese el hacecillo, y los juncos caen sobre el mesonero, vapuleando presta y fieramente en cara, brazos, espalda, piernas, en todas las partes de su cuerpo.

—¡Piedad! ¡Perdón!—gritaba—. ¡Misericordia!

—Dame mi saco—dijo Marmelón.

Y el pobrete del mesonero se apresuró al entregar el saco que había robado; y cuya virtud aún no había podido comprobar.

Junquillos, junquillos,
volveos al hacecillo,

dijo el veterano, y los juncos se hicieron haz, y el posadero pudo respirar, aunque

muy quejumbrosamente y sintiendo en su pecho deseos de vengarse. Y para vengarse, al saber que el militar de la patata de palo quería marcharse del pueblo, le dijo:

—Os vais del pueblo sin ver lo que tiene de más raro y notable.

—¿Y qué es ello?—replicó Marmelón.

—¡Qué ha de ser, sino aquel palacio que desde aquí veis! El Palacio Negro.

Habréis de verle por fuera; pues no pienso yo que os arriesguéis a entrar en él; pues ya hace tiempo que nadie da en semejante atrevimiento, porque sábese que de cuantos allí hacen años entraron, ninguno ha vuelto a salir. Oyense ruidos,

atronadores y voces terribles. Está encantado.

—Pues allá voy; ya veréis cómo entro y cómo salgo—exclamó con bríos y riéndose el veterano; y saldré sano y contento.

—No; no creo que hombre alguno—replicó el maligno posadero— a ello se arriesgue. Cuando os veáis cerca del Palacio Negro, de seguro retrocederéis, si no es que fuéreis temerario, loco.

—¡Ja, ja! Retroceder yo! Ahora veréis—dijo Marmelón—. Y encaminóse al palacio.

Este era un enorme edificio, con cien torres, y todo él de piedra negra. Tenía una gran puerta de hierro, y en ella un pesado aldabón.

Tomóle en sus manos el veterano y descargó sobre la puerta dos o tres golpes que retumbaron con zumbantes y potentes resonancias.

—¿Quién sabe—pensaba Marmelón— si aquí estará alguna princesa encantada, a la que yo desencante, y por ello, agradecida, se case conmigo!

Lleno de impaciencia al ver que no le abrían tan pronto como él deseaba, echó mano de la llave que el viejo mendigo le diera, y apenas con ella tocó la puerta, abrióse ésta; entró Marmelón y cerró tras de sí. Hallóse un amplio zaguán muy lóbrego, y de allí pasó a un vasto salón solitario, muy ricamente adornado; pero apenas haría cinco minutos que allí se hallaba, cuando mirando y remirando por todas partes, descubrió que no estaba solo, sino antes al contrario, acompañado de una verdadera muchedumbre, de unas muy grotescas, raras, criaturas, alimañas o demonios. En los capiteles, en las cornisas, en los rincones de los ventanales, había sendos diablillos acurrucados y atisbando maliciosos desde sus escondites a Marmelón:

eran rojos unos, amarillos otros, verdes, pardos, negros, rubios y cornudos y con alas picudas, abalrestadas por ternillas nudosas.

Poco a poco fueron descendiendo, unos de lo alto, rastreando otros por el suelo, hasta que una bandada numerosísima de ellos, olfientes a azufre, rugientes con estridentes chillidos, cayó sobre Marmelón y comenzó éste a sentirse arañado, pinchado, mordido, quemado, atufado por humillo nauseabundo; todos aquellos diablillos le atormentaban.

Armóse el veterano, y sacando el hacecillo, dijo las consabidas palabras, y del haz salieron diez juncos por cada diablillo y, vapuleando a todos, armóse un revoltito de cuerpos que saltaban, se retorciaban y huían vociferando, rugiendo de dolor a los golpes de aquella lluvia de azotes.

Reía a todo reír el inválido, y saliendo de aquel salón, cerró con su llave, dejando a la turba de diablillos a merced del ferocísimo, incesante vapuleo, y chillando rabiosamente.

—Ahora me es preciso averiguar qué hay escondido en este palacio—se dijo el veterano—, y sacó el famoso espejito y miró en él, y vió que debajo de sus pies había unos sótanos llenos de cofres y barriles enorres repletos de dinero.

—Aquí de mi saco—pensó—; pero como hombre de bien, no creía deber apoderarse de aquello sin saber si tenía dueño y si éste tendría voluntad de darle lo que él quisiera. Volvió, pues, a mirar al espejito, y apareciósele en él la figura del diablo mayor, del mismísimo Barrabás, dueño del palacio.

Encaminóse adonde éste se hallaba, y con la mayor frescura le dijo:

—Mira: quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón; y como tú, que eres el diablo, no es posible que hayas ganado honradamente las riquezas de este palacio, pudiera llevármelas; pero no quiero parecerme a ti; trabajar para ti sería servirte, y no hay ningún hombre bien nacido, y menos un hombre de mar, que tal haga. Ahora quiero proponerte

que me juegues tus tesoros a los naipes. —Aceptado—dijo el necio del diablo. Pusieron a jugar, y a las dos o tres vueltas ganó Marmelón cuanto el diablo poseía. Rebelóse Barrabás, y quiso arrojarle sobre el veterano; pero éste no tuvo que hacer sino abrir el saco, y

“Más, más, etc.”

y el demonio metióse en el saco, pataleando inútilmente por salir de él...

—Vaya...; el saco me hace falta—dijo el veterano—, y lo desató. Después, con su navaja, cortó una oreja a Barrabás y luego le dejó salir del talegón.

—Esta oreja no te la devuelvo hasta que yo me quede satisfecho de tus servicios—dijo.

—Mándame pronto, que no hay vergüenza mayor para un diablo que el estar desorejado. Te bastará dar un mordisco.

—¿Sí, eh?—replicó Marmelón—. Pues empieza a servirme—dijo—, dando un fuerte mordisco a la oreja.

—¡Ay, ay, qué dolor!—rugió el diablo. —¡Cómo! ¿Te duele separada del cuerpo?

—Sí; acaba. ¿Qué quieres de mí?—replicó el diablo.

—Carros, sacos, caballerías y criados que saquen de aquí todo el oro que te he ganado y que lo lleven adonde yo dijere—dijo Marmelón.

—Pues antes suelta a mis diablillos...; porque ellos habrán de servirme.

—Es verdad, ¡pobretes!—exclamó el veterano, recordando que había dejado a los diablillos encerrados en el salón y recibiendo el vapuleo de los juncos.

Llegó al salón, abrió la puerta, entró, y diciendo:

“Junquillos, junquillos,
volveos al hacecillo”

libró a los diablillos de su horrible martirio.

Pronto abriéronse las puertas del Palacio Negro; la muchedumbre de diablillos se puso a prestar servicio. Habíanse convertido los diablillos en criados, palafreneros y pajes, y sacaron todos los tesoros de Barrabás, y en grandes carros, tirados por fortísimas mulas, llevaron aquella riqueza a un precioso palacio que Marmelón compró y le fué vendido en el acto.

Allí quedóse Marmelón, satisfecho, gozando de su riqueza, y así, hasta que le llegara su hora, hubiera seguido tranquilamente, si no le inquietara el deseo de hallar una mujer que le mimara y cuidase. Y dicen que existen otras crónicas en las que se declara que la halló, y que, aunque algo viejo, no dejó de ser dichoso hasta el fin de sus días.

Cuando encontremos tales crónicas, veremos lo que en ellas hay y se lo contaremos al lector.

José ZAHONERO

Dibujos de Puig.

BIBLIOGRAFÍA

El tercer tomo de las *Obras completas* de Verlaine está integrado por las sutiles *Fiestas galantes* y las inefables *Romanzas sin palabras*. El poeta Fernández Ardeván ha sido el encargado de poner en limpios versos españoles los poemas del poeta francés. Como los volúmenes anteriores, el presente está ilustrado por el artista César Fernández Ardeván, hermano del poeta traductor; colaboran así ambos en la misma obra de amor y devoción al gran vate muerto.

x

«Mundo Latino» se ha propuesto dar a conocer en España y América lo más notable de la literatura europea, haciendo un severo expurgo de los autores, a

fin de que los seleccionados puedan sugerir una cabal idea del estado mental y de los usos y costumbres de cada país.

Así, después del suizo Spitteler, tan original y selecto, cuya *Imago* ha tenido un incomparable éxito en todo el mundo, hoy nos ofrece otro escritor no menos original y revelante, el sueco Carlos Gjellerup (Guillerup). Como Spitteler, también Gjellerup ha sido laureado con el premio Nobel de la literatura, que es la confirmación de su mérito extraordinario.

La obra más famosa del eminente escritor norteyo es *El peregrino Camanita*, que hoy aparece en la lengua española directa y admirablemente traducido.

x

Las diferencias de clases en el Código civil, de los jóvenes publicistas D. Luis F. Martínez Aguilera y D. Luis Rodri-

guez-Camufias, es un trabajo interesantísimo y que inaugura en nuestra patria una nueva clase de estudios de nuestra legislación en un sentido jurídico-social muy plausible.

x

Un magnífico cuento de Víctor Catalá—*La hija de Carol*—, la continuación de *El jardín de los frailes*, memorias sinceras de un Escorial pintoresco y tristísimo, por Manuel Azaña, y la completa información literaria de siempre, avaloran el último número de *La Pluma*.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que “en ningún caso” nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

EDITORIAL MUNDO LATINO

Publica las obras completas de Rubén Darío, Gómez Carrillo, Carrere, Ibsen, Verlaine, Manuel Machado, Guido de Verona, Villaspesa, José Francés, El Caballero Audaz, López de Súa, Hernández Catá y Cansinos-Assens.

Los laureados con el Premio Nobel Carlos Spitteler, Gjellerup y Knut Hamsun.

Un selecto grupo de latinistas y helenistas colabora en la preparación de su nueva Biblioteca, en que los grandes autores de la antigüedad aparecerán directamente traducidos en lenguaje moderno.

De inmediata publicación: LA RAZ FLO-TANTE, novela inédita de José Francés; LAS COLUMNAS DE HERCULES, primera novela de Luis Araquistain, y GAVIOTAS Y GOLONDRINAS, de López de Súa.

Pedidos: Librerías, Estaciones y Yagués, Caballero de Gracia, núm. 28.

Progresos de la mecánica automóvil

Una revolución en los transportes

LOS PROPULSORES KEGRESSE-HINSTIN

El problema de la tracción mecánica, la idea de hallar un aparato remolcador fácilmente aplicable al arrastre de cualquier máquina industrial, ha venido preocupando intensamente desde hace mucho tiempo a la moderna ingeniería.

Se han construido grandes tanques con llantas de oruga, empleados con éxito en la guerra; tractores agrícolas, tractores para explotaciones industriales, y una gran variedad de aparatos que tenían la sola aplicación de la especialidad para que habían sido fabricados. Pero lo que hasta ahora no existía era una máquina propulsora que, pudiendo adaptarse a cualquier género de vehículos, tuviera una actividad amplia y elástica y no hiciera necesario un gasto desproporcionado con su rendimiento.

He aquí la solución que ha traído el Propulsor Kegresse-Hinstin.

Montados sobre dos coches de turismo André Citroën 10 H.P., se han presentado en España estos aparatos, y ante S. M. el Rey, el jueves último, y en otros diferentes días en presencia de gran número de técnicos de la mecánica y expertos de las aplicaciones de la tracción, han hecho to-

da clase de pruebas y experiencias.

Los Propulsores Kegresse-Hinstin han admirado sinceramente a los conocedores, por la extrema sencillez de su adaptación, que permite aplicarlos a cualquier especie de vehículo mecánico. Los que hemos visto funcionar en Carabanchel y circulan por las calles de Madrid vienen montados sobre coches Citroën, completamente carrozados en torpedo, y su montaje no ha exigido la menor transformación de la carrocería, quedando los vehículos en disposición de ser utilizados cómodamente para el transporte de viajeros.

El principio mecánico, base del sistema, tiene algunos puntos de contacto con el del tanque, por más que la invención de estas máquinas es bien anterior a la de los tanques; y reuniendo todas las ventajas de éstos, no tiene ninguno de sus inconvenientes.

Los coches provistos del Propulsor Kegresse-Hinstin marchan sin el alarmante ruido de los tanques, no estropean el piso de las carreteras, avanzan sobre cualquier terreno, por accidentado que sea, y sobre todas estas condiciones tienen la inestimable de permitir al vehículo una marcha

en relación con la del motor del coche en que se monte o aplique.

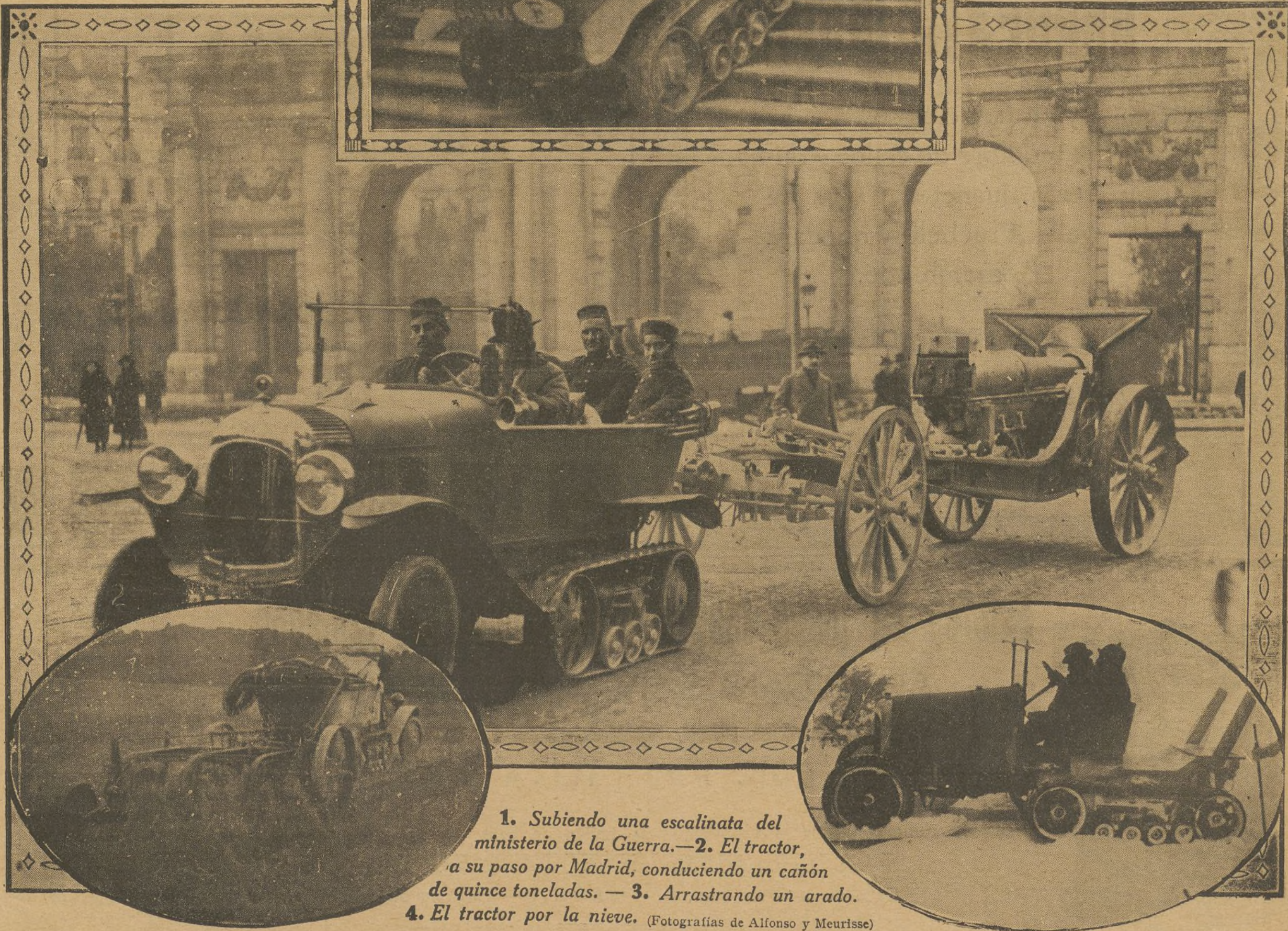
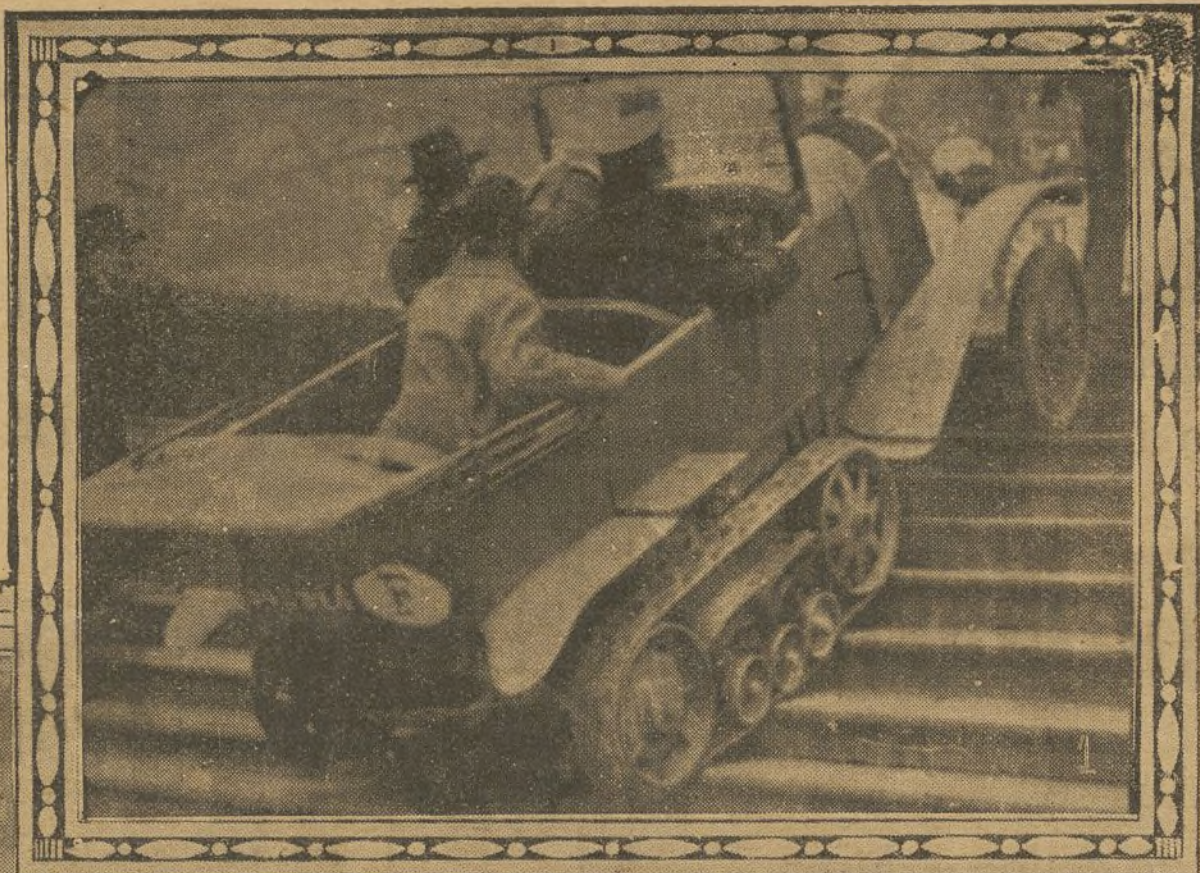
Los Kegresse-Hinstin pueden ser aplicados lo mismo a los pequeños coches de turismo que a los grandes camiones automóviles, y en unos y otros vehículos su eficacia y su utilidad son realmente sorprendentes.

El Monarca se ha interesado vivamente en el examen de estas máquinas, y después de las experiencias de Carabanchel, ha querido ver los propulsores en los terrenos del cuartel «La Zarzuela», en el Pardo, donde han sido sometidos a toda suerte de pruebas, de todas las cuales han salido airoso.

El consumo de esencias y grasas de estas máquinas es el normal de los vehículos a que son aplicadas, y esta condición es la que les da un notorio relieve de superioridad sobre todos los aparatos similares.

Por todas estas razones, no es arriesgado afirmar que, como decimos a la cabeza de esta página, los propulsores Kegresse-Hinstin están llamados a producir una verdadera revolución en el mundo de los transportes.

J. L. B.



1. Subiendo una escalinata del ministerio de la Guerra.—2. El tractor, a su paso por Madrid, conduciendo un cañón de quince toneladas. — 3. Arrastrando un arado. 4. El tractor por la nieve. (Fotografías de Alfonso y Meurisse)



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE
EL MEJOR ALIMENTO

esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA. Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo de los niños y los hace fuertes y robustos. De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas, se remiten franco estación, dos cajas grandes.

CARDENAL CISNEROS, 62. — MADRID

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébelo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias o droguerías. 1.50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



LA
MÁQUINA
PARA ESCRIBIR

ROYAL

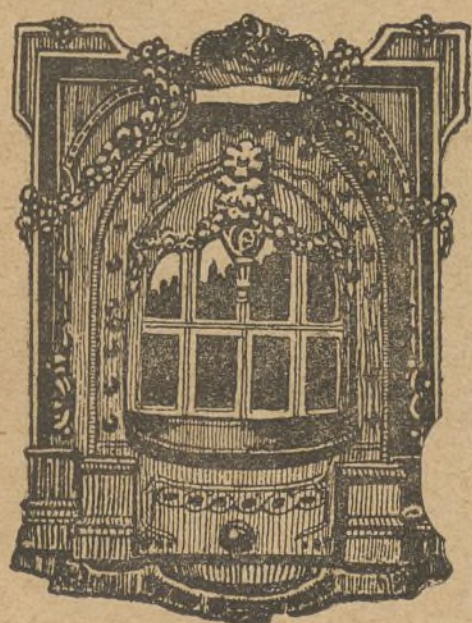
Es la preferida en todos
los Centros oficiales y
grandes Casas de comer-
cio y banca, Empresas
periodísticas y Compañías
:: de ferrocarriles ::

60.000 máquinas
en uso en toda España

Concesionarios exclusivos
para España y Colonias:

TRUST MECANOGRÁFICO

MADRID: Montera, 29. * BARCELONA: Pelayo, 62.
VALENCIA: Paz, 17. * SEVILLA: Rioja, 14.
BILBAO: Escruza, 6.



Estufas de todas clases y en todos los tamaños AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tifo

PARA COK. ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

VALLES, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986

PÍDASE EL CATALOGO ILUSTRADO

